

Baudelaire: el mal francés
Nota y traducción de Pablo Ingberg

La necesidad humana de sistematizar, de imaginar un orden, ha llevado a establecer la toma de Constantinopla por los turcos como el comienzo de la Edad Moderna. Es obvio que de allí no se deduce que el mundo se haya acostado a dormir un día de un modo premoderno y despertado al día siguiente moderno. Charles Baudelaire, o más precisamente la publicación en 1857, a sus treinta y seis años de edad, de su primera y mayor obra, *Las flores del mal*, constituye la toma de Constantinopla de la poesía: a partir de allí se fecha el comienzo de la poesía moderna (¿las fuerzas de la “barbarie” tomando por asalto un gran bastión de la cultura?). Parte de lo que había estado siempre en lo mejor de la poesía, y parte de las variaciones que venían produciéndose a través del romanticismo, se reunieron, como pasa con las personalidades de excepción, para cobrar una forma particular.

Quien logró tal proeza había padecido la muerte de su padre cuando él tenía apenas seis años de edad, y luego el segundo casamiento de su madre viuda con un militar que esperaba de él una vida decente, de acuerdo a los principios de un medio social en que trataban de convivir una burguesía en ascenso y una aristocracia en decadencia. Pero al joven Charles, devorador de bibliotecas, sólo le interesa de ese mundo el viejo horror aristocrático al trabajo manual. El resto le resulta más bien una muerte cotidiana, una ausencia de vida, una muerte en vida. Juntado con una actriz (que además lo engañaba) para escándalo de su padrastro y de su madre, contrae junto con ella el “mal francés” (la sífilis), que lo llevará a la decadencia física y psíquica y a la muerte un par de décadas más tarde, cuando sólo tenía cuarenta y seis años. El Mal (francés, occidental, ¿universal?) es precisamente el camino que el joven Charles eligió para convocar, desde lo más profundo de la poesía y del alma humana (“desde el fondo de su angustia”), las fuerzas vitales drogadas por la cotidianidad de la sociedad industrial.

No le fue muy bien en vida. *Las flores del mal* (en realidad ya algunos poemas publicados anteriormente en revistas y luego incluidos en el libro) fue terriblemente atacado por la crítica, y también por lo que, lamentablemente sin que se trate de un eufemismo (aunque de hecho suele serlo), se ha dado en llamar “justicia”, que requisó los ejemplares, cobró una multa y obligó a la exclusión de varios poemas en futuras ediciones. Quién sabe qué pensaría él de los inmensos tributos (y desagrazos) que le rindió con el tiempo la sociedad que él había despreciado y vilipendiado. A nosotros nos queda la dudosa ventaja de leerlo cuando aquella sociedad aprendió a digerirlo (un poco) y depositarlo (todo) en las bibliotecas, las universidades y las casi secretas (casi inermes) catacumbas de la poesía.

El poema que puede leerse a continuación es el número 62 de *Las flores del mal*. Allí, entre esas mayúsculas conceptuales que se convertirían tiempo después en un clisé del simbolismo, vemos cómo se transforma en sus manos tanto el ideal del amor romántico como la imagen del Amor por excelencia en el imaginario católico (sólo un católico podía blasfemar así –y sólo un grande podía hacerlo con tanta belleza, aun si por momentos a través de un feísmo revulsivo–).

A UNE MADONE
EX-VOTO DANS LE GOÛT ESPAGNOL

*Je veux bâtir por toi, Madone, ma maîtresse,
Un autel souterrain au fond de ma détresse,
Et creuser dans le coin le plus noir de mon coeur,
Loin du désir mondain et du regard moqueur,
Une niche, d'azur e d'or tout émaillée,
Où tu te dresseras, Statue émerveillé.
Avec mes Vers polis, treillis d'un pur métal
Savamment constellé de rimes de cristal,
Je ferai pour ta tête une énorme Couronne;
E dans ma Jalousie, ô mortelle Madone,
Je saurai te tailler un Manteau, de façon
Barbare, roide et lourd, et doublé de soupçon,
Qui, comme une guérite, enfermera tes charmes;
Non de Perles brodé, mais de toutes mes Larmes!
Ta Robe, ce sera mon Désir, frémissant,
Onduleux, mon Désir que monte et qui descend,
Aux pointes se balance, aux vallons se repose,
Et revêt d'un besair tout ton corps blanc e rose.
Je te ferai de mon Respect de beaux Souliers
De satin, por tes pieds divins humiliés,
Qui, les emprisonnant dans une molle étreinte,
Comme un moule fidèle en garderont l'empreinte.
Si je ne puis, malgré tout mon art diligent,
Pour Marchepied tailler une Lune d'argent,
Je mettrai le Serpent qui me mord les entrailles
Sous tes talons, afin que tu foules et railles,
Reine victorieuse et féconde en rachats,
Ce monstre tout gonflé de haine et de crachats.
Tu verras mes Pensers, rangés comme les Cierges
Devant l'autel fleuri de la Reine des Vierges,
Étoilant de reflets le plafond peint en bleu,
Te regarder toujours avec des yeux de feu;
Et comme tout en moi te chérit et t'admire,
Tout sera Benjoin, Encens, Oliban, Myrrhe,
Et sans cesse vers toi, sommet blanc a neigeux,
En Vapeurs montera mon Esprit orageux.*

*Enfin, pour compléter ton rôle de Marie,
Et pour mêler l'amour avec la barbarie,
Volupté noire! des sept Péchés capitaux,
Bourreau plein de remords, je ferai sept Couteaux
Bien affilés, et, comme un jongleur insensible,
Prenant le plus profond de ton amour pour cible,
Je le planterai tous dans ton Coeur pantelant,
Dans ton Coeur sanglotant, dans ton Coeur ruisselant!*

A UNA MADONA
EX-VOTO AL ESTILO ESPAÑOL

Quiero alzar para ti, Madona, dueña mía,
Un altar subterráneo, al fondo de mi angustia;
Cavando en mi más negro rincón del corazón,
Sin deseos mundanos ni burlas a la vista,
Un nicho todo en oro y azul esmaltado,
Donde has de erguirte tú, maravillada Estatua.
Con mis Versos pulidos, entre un puro metal
Sabiamente estrellado de rimas de cristal,
Una enorme Corona te pondré en la cabeza.
Y gracias a mis Celos, oh Madona mortal,
Sabré tallarte un Manto, con un estilo bárbaro
Y rígido y pesado, forrado de sospechas,
Que, como una garita, guardará tus encantos;
Bordado no con Perlas, ¡mas con todas mis Lágrimas!
Tu Vestido será mi Deseo, que tiembla,
Sinuoso, mi Deseo que asciende y que descende,
en las cumbres se hamaca, y en los valles reposa,
y reviste de un beso tu cuerpo blanco y rosa.
Te haré con mi Respeto, para tus pies divinos
Humillados, hermosos Zapatos de satén,
Que los encerrarán con ligera presión,
Y como un molde fiel, preservarán su huella.
Si no puedo, a pesar de mi arte diligente,
De pedestal tallar una Luna de plata,
Te pondré la Serpiente que roe mis entrañas
Bajo los pies, así tú pisas y escarneces,
Oh Reina victoriosa, prolífica en rescates,
Al monstruo todo hinchado de odio y salivazos.
Verás mis Pensamientos, en línea como cirios
Ante el florido altar de la Reina de las Vírgenes,
Con reflejos de estrellas en el techo pintado
De azul, siempre mirándote con los ojos de fuego;
Y como todo en mí te quiere bien y admira,
Será todo Benjuí, Incienso, Mirra, Olíbano,
Y hacia ti sin cesar, cima blanca y nevada,
Ascenderá en Vapores mi tormentoso Espíritu.

Para, en fin, completar tu papel de María,
Y mezclar el amor con la barbarie, ¡negra
Lujuria!, con los siete Pecados capitales,
Verdugo ardiendo en culpas, haré siete Cuchillos
Bien filosos, e igual que un juglar insensible,
Tomando lo profundo de tu amor como blanco,
¡Voy a clavar con ellos tu Corazón jadeante,
Tu Corazón lloroso, tu Corazón a chorros!